

# SEMANA

PREGON DE  
SEMANA SANTA



GRANADA  
1991

# SANTA

**PREGON DE LA SEMANA SANTA  
DE  
GRANADA 1991**

JUAN BUSTOS



RA el que tiene en el lado izquierdo esa cosa absurda (y traicionera, ¡si lo sabré yo!) que se llama corazón, los viejos recuerdos no son sólo un amable refugio en determinados momentos, sino también, muchas veces, poderosos estímulos para superar la dificultad de ciertos trabajos, fuentes de claridad para iluminar el camino que se adivina arriesgado...

Yo he tenido la suerte de que un ya lejano momento de mi vida, haya venido en mi ayuda a la hora de escribir este pregón. En aquel episodio (que me ha acompañado insistentemente en estos días, sin saber yo por qué la memoria me lo elige entre muchos), he creído encontrar una de las causas de la permanencia de las procesiones de Semana Santa entre nosotros, desde hace siglos. Por eso no renuncio a contároslo:

Volvía yo a mi casa una noche de Jueves Santo, en la Sevilla de mi juventud, dispuesto a salir de nuevo al poco rato, a disfrutar del esplendor de la madrugada famosa. Como quiera que deseaba aligerar, caminaba evitando las calles más concurridas. De repente, me encontré a la cofradía del Valle (y muchos de ustedes ya saben la extrema seriedad de esa cofradía), por un itinerario de regreso que no era el suyo oficial. Se había desviado ligeramente, lo que resulta raro porque ninguna obra, zanja o reforma urbana en su trayecto tradicional, justificaba aquella modificación que a nadie se había anunciado. Pero mi sorpresa fue aún mayor, cuando observé que la procesión permanecía detenida más tiempo del que tiene rigurosamente reglado esa cofradía, siempre de ejemplar severidad. Seguí con la vista, ya intrigado, el cuerpo de nazarenos, cirios en alto, inmóviles, impenetrables, aunque dando la impresión de esperar algo que faltaba y sin lo que no podían reanudar su camino. Al fin después de avanzar un poco, me dí cuenta de que lo que faltaba era nada menos que el paso de la Virgen, el bellissimo paso,

de tanto sabor clásico, de la Virgen del Valle. No tardé en localizarlo a cierta distancia. Se había apartado de su silencioso cortejo y estaba parado en una calle próxima bastante estrecha, no en la dirección de la calzada sino al ancho de la misma, así que la delantera del paso quedaba exactamente enfrente de la puerta de una vieja casa, casi rozándola. Al acercarme, convencido ya de que iba a presenciar algo insólito, ví que había tres altos escalones para acceder al zaguán desde la acera, lo que hacía que la Virgen estuviera a la altura de un lloroso grupo de personas, que allí dentro la contemplaban deslumbrados. Eran los miembros de una familia muy conocida y estimada, comerciantes en instrumentos musicales, descendientes de italianos y asentados en la ciudad durante generaciones. Todo el mundo sabía que el padre de aquella familia padecía una enfermedad incurable. Y era notoria su devoción por la Virgen del Valle. Lo mejor de sus afanes, aquel hombre sencillo y sevicial, lo había volcado en su cofradía. Años enteros, toda una vida dedicado a los engorrosos libros de cuentas, a la organización y convocatoria de los cultos, a los más diversos menesteres en el seno de su hermandad. Aquel Jueves Santo, el buen hombre agonizaba, y la cofradía, su cofradía, en un rasgo de fina sensibilidad, de vivo reconocimiento, le había llevado a la Virgen, a su Virgen, al zaguán mismo de su casa. Sin advertirlo a nadie, para acentuar la suprema discreción de una visita tan excepcional; rehuyendo divulgar el propósito, para no reunir público. Por ello fuimos muy pocos, los que sentimos la honda emoción de una escena inolvidable: la despedida de un hombre, de la Virgen que, desde el bautismo, le había visto crecer, casarse, tener hijos y nietos, sufrir y ser dichoso... Aquella noche estuvieron, por última vez, frente a frente, separados tan sólo por el enjambre de luz de la candelería. De rodillas sobre las losas de mármol, con los brazos en cruz, sostenido por sus hijos, con la blanca cabeza ligeramente inclinada, como abrumado por el altísimo honor que recibía, aquel cofrade fervoroso debió sostener con su Virgen un último diálogo que sólo los dos escucharon... Cuando, inexorable como los avisos del destino, sonaron los tres golpes de llamador y el paso de la Virgen del Valle se reincorporó a su procesión, que la aguardaba, alguien dijo a mi lado: "¡Parece que la Virgen lleva una lágrima más!" Y a mí, la verdad, no me hubiera sorprendido que así fuera...

Aquel episodio, más que cualquier otro, me hizo comprender que la permanencia de nuestra Semana Santa es debida a devociones indestructibles como aquella. A su emocionante recuerdo, una Semana Santa que ya no sé si viví o soñé, va dedicado este pregón de la Semana Santa granadina, una Semana Santa que, desde hace tiempo, es ya tan mía como vuestra.

Excmas. autoridades; señores miembros del gobierno de la Real Federación de Cofradías; querido concejal de Cultura, de tan benévolo juicio de mi persona; queridos amigos, cofrades la mayoría, sino la totalidad...

He tenido ocasión en estos días de leer y releer con gusto los pregones de mis dos más inmediatos antecesores: el señor Gómez Montalvo y mi admirado compañero y amigo, Enrique Seijas. Y la verdad es que uno y otro han puesto a muy alto nivel este acto. Tanto por sus dotes de observación, por su amenidad de relato o por su hábil sondeo del espíritu cofradiero granadino, como (sobre todo Enrique) por su vena poética popular. Yo, señores, ante la Poesía, me descubro. "Me da un respeto imponente", como decía en su poema "El Piyayo" José Carlos de Luna. Pero soy un negado total para el verso y la rima. ¿Y cómo hablar de Semana Santa sin



recurrir a un soneto a determinado Cristo o a un romance a la más popular de las Vírgenes? Difícil papeleta la mía, pues, ya que, manifestada mi incapacidad para la lírica, anuncio humildemente mi sumisión a la prosa de andar por casa que usamos los andaluces. "Que Dios reparta suerte", como dicen los toreros en la puerta de cuadrillas.

La Semana Santa de toda la geografía mística española es uno de los temas más esquivos y delicados que pueden tentar y medir la autenticidad de los sentidos. Hay quienes, sintiéndola, se quedan es la apariencia del llamativo espectáculo, y hay quienes, sintiéndola de otra manera digamos más completa, ahondan en lo fundamental y sustantivo de esta celebración pública de la Pasión y Muerte de Cristo. No está de más interesarnos por su historia, que arranca del siglo XVI, al calor del momento crítico en que cuaja la Contrarreforma y se hace preciso que las hermandades existentes, llamadas "de luz", conmemoren el gran drama del Calvario. La más remota y añeja esencia de nuestro modo de celebrar la Semana Santa, está precisamente en aquel instante histórico, en que un vivísimo espíritu penitencial salió de los claustros y de las celdas, haciendo acto de presencia en las calles de los pueblos y ciudades españolas, para dar fe pública de su devoción emocionada. Para atraer a los fieles, se decía entonces en los púlpitos: " ¡Más méritos tiene considerar la Pasión de Cristo que visitar Tierra Santa, ayunar a pan y agua todos los viernes por espacio de un año, o tomar cada semana una disciplina de sangre! " Así de estimulado el ambiente popular, es lógico que las nacientes hermandades surgieran con un sencillo y elocuente propósito concreto escriturado en sus Reglas: "Renovar con el desfile de los misterios de la Pasión la memoria del augusto sacrificio en los corazones de los fieles y servir de freno a la impiedad y el paganismo". Era la Religión, en definitiva, la que se echaba a la calle, en busca de los extraviados, de los indiferentes.

Conviene no olvidar tan honrosos y nobles orígenes. Nuestras cofradías tienen su más vieja raíz, y también su más limpio linaje, en esta clara resolución: servir, ante todo, un espíritu de fe. Hay que tener esto muy presente, en especial a la hora de insistir cerca del supersevero Cabildo Catedral, empeinado en su negativa a abrir las puertas de nuestra Iglesia Mayor al tránsito de las hermandades de penitencia. A la obstinación eclesiástica responden los cofrades con una paciencia igual de obstinada, reiterando su solicitud. Es una lástima que el Cabildo no dicte las normas que considere necesarias para el caso. Bien cierto puede estar de que, por severas, por rigurosas, por estrictas que las tales normas fueran, las cumplirían entusiasmados los cofrades granadinos, con tal de disfrutar de la alegría de ver sus Cristos y sus Vírgenes, bajo el increíble palio de piedra de la hermosa Catedral que nos legaron los siglos. Persistir esta incómoda situación mucho tiempo más, acabaría por aumentar la confusión de quienes, con evidente lógica, empiezan a no entender cómo nuestra Catedral (que lleva siglos perfumando de esperanza, de poesía y de misterio a la almas de muchas generaciones), permanece cerrada a estas entusiasmadas y ansiosas cofradías que, al filo del siglo XXI, siguen siendo, como sus lejanas predecesoras, la expresión plástica concreta y dramática de un dogma de la propia Iglesia: el dogma de la Redención.

Pero procedamos con orden, seguro que iremos mejor. Ibamos por el carácter fuertemente religioso sustancial de nuestra celebración tradicional, de



siglos, de la Semana Santa. Es importantísimo subrayar esto, porque sin ese carácter religioso, la fiesta carecería de contenido y de causa, así de sencillo.

Mas en un principio, en aquel lejano principio al que aludíamos, hizo falta una creación artística muy concreta, para plasmar el concepto procesional de la Semana Santa, para representar en plena calle el Drama de la Pasión. Y el alma sutilísima y admirable de aquella creación fue la imaginería, el arte católico por excelencia; el arte que, en Andalucía concretamente, dió de lado la piedra y el mármol, materiales fríos, y eligió la madera, para que el arte nuevo fuera concreto y humano. Aquí mismo, en Granada, en la alta noche del Jueves Santo, José de Mora nos recuerda que el arte es más verdad que la verdad, con la imagen de su Cristo de la Misericordia, el Cristo de la Muerte, de la ceniza y las postrimerías del hombre. Decídme sinceramente si habéis visto alguna vez un muerto más muerto que este granadino Cristo del Silencio, cuya madera terrible parece adelgazarse y sudar heladamente a la luz de los cirios... Aquellos artistas fueron, antes que artistas, cristianos fervorosos, y así, sus sentimientos íntimos y el latir de sus corazones se desbordan en alas de su piedad, dando vida, vida sobrenatural, a sus imágenes, alguna de las cuales, exaltando y arrebatando a su autor, le haría exclamar: "Ese cuerpo, si, fui yo quien lo hice; la cabeza no, la cabeza la hizo Dios".

Mas hay que decir adiós a todos estos recuerdos y estos ensueños, tan presentes y tan amados, para empezar a vivir, juntos y anticipadamente, las fuertes sensaciones de nuestra Semana Santa. Desde el júbilo humano del Domingo de las Palmas al júbilo angélico del Domingo de Resurrección, nuestros Cristos y nuestras Vírgenes (realización de la plena espiritualidad granadina), nos van a recordar, en los más diversos y atrayentes escenarios, el gran drama del Calvario y de la humanidad.

No sé cómo sucede, pero el Domingo de Ramos trae hasta nosotros el mundo proustiano de nuestra niñez, la delicia de las felicidades puras huídas para siempre de nuestro calendario de hombres. ¡Domingo de las indulgencias!... De todos los nombres que tiene este domingo y recordatorio, ninguno más afortunado y lírico que el de Domingo de Ramos y Pascua Florida. (No nos sorprende que tan bello nombre influyera en la imaginación de los exploradores españoles en las tierras americanas, quienes bautizaron una gran región de la geografía de su infinito asombro, con el nombre de Florida, por haber descubierto aquellos territorios en el día glorioso para un católico de la Pascua Florida. Era a los doce años del siglo del quinientos). Indisolublemente unida a la estampa del Domingo de Ramos, evocamos con los ojos limpios de nuestra niñez, la palma que lucía en el balcón de nuestra casa familiar. La habíamos entrado nosotros mismos, incendiando la escalera con su temblor dorado y entrándola por la puerta del piso como un ave maravillosa de enorme cola, que, no pudiendo estar entre cuatro paredes, salía al balcón para batirse con los cuatro vientos. Dos lazos grandes de seda sostenían los rizos rubios de la palma a la barandilla del balcón, y cuando salíamos de paseo íbamos mirando las palmas de todos los balcones, llevando como un censo o recuento de primores y tamaños... Con melancofía inevitable evocamos aquellos balcones de nuestra casa de niños, que ya no lucen por nosotros palma ninguna. Y encontramos el consuelo infinito de la continuidad, atando otra palma en el balcón nuevo, lo mismo que un día hiciera nuestro padre, cuando para espectáculo de nuestra



ilusión parecía alzar sobre toda Granada la rama dorada y bendita, para prenderla con lazos del color de los buenos sueños a la baranda de nuestro balcón... Todo esto nos recuerda el ingenuo paso de la entrada de Jesús en Jerusalén, inaugurando oficialmente la Semana Santa granadina, cuando cruza bajo la Puerta de Elvira, en la atmósfera transparente del Domingo más alegre del año. El episodio escultórico de la cofradía de San Andrés, evoca un momento más trascendente de lo que parece, en su sencillez: aquel que fue, para Jesús, el único instante compensador y egregio concedido a su arcilla mortal. Nunca hasta aquel momento glorioso y triunfante (a no ser en la transfiguración del monte Tabor), había dejado de ser el hijo del pobre capintero de Nazaret. Ahora sí, ahora se acaba de despojar de su envoltura de tierra para presentarse envuelto en jirones celestes. La hora sexta de aquel día de paz, de fe y de justicia se reflejó en la pulsación eterna de los siglos, como un guarismo que desde entonces separa las noches y los días, las sombras y la luz.

¡Pero, atención que hemos aludido a la luz y no será la única vez que lo hagamos en nuestro pregón! Porque la luz de Granada es una luz esencial para entender el fenómeno plástico admirable de su Semana Santa. La luz, en nuestra ciudad, llega a adquirir tal calidad densa y sensible, que uno se siente dentro de ella como envuelto por algo que constantemente le acaricia. Esa luz que da una tonalidad dorada al Arco de Elvira en la tarde del Domingo de Ramos, imprime a las no menos venerables piedras de la Puerta de la Justicia un tinte irreal, cuando entre sus angosturas, se abre camino hacia la ciudad la aflijida señora de las soledades de la Alhambra. La misma luz, a otra hora, convierte en una chispa blanca el paso blanco que cobija los dolores de la Virgen de la Aurora, que viene precedido de ese airecillo sutil albayziner que se entera de todo y lo cuenta todo. En la noche negra, la luz de las bengalas (roja, verde, azul, violeta), danza en ráfagas locas alrededor de la Virgen del Mayor Dolor, de la cofradía de los Escolapios, vistiendo la imagen de una fantasía suntuosa y espectacular, con temblorosos y transparentes mantos sucesivamente rojos, verdes, azules o violetas. Es el eterno juego de la luz de Granada. Un juego fascinante que nos convida a emocionarnos con el delirio del dolor y de la fiebre, que asoma a los ojos de la Soledad de Santa Ana, abrasados por el llanto. La luz que acaricia las viejas casas del Realejo, con su historia y su pequeña anécdota cada una, sobre las que se dibuja el Cristo de las Favores, en su camino entre el entusiasmo del vecindario. O la luz que, al caer la tarde, da una tonalidad como de celofán al barrio de la Magdalena, por el que discurre, con sobriedad, empaque y señorío, la hermandad del Rescate. La admirable imagen de Mora adquiere su máximo patetismo de indefensión en algunas calles, que la luz hace tremendamente viejas, con una dolorosa vejez de trabajadoras...

Por esta lógica de la luminosidad, es natural llegar a la conclusión de que un pueblo que se ambienta en medidas infinitas como el nuestro, sea un auténtico virtuoso del pormenor, de lo pequeño, de lo medio y exacto. Por eso ésta ha sido (y es) tierra de artesanos ejemplares: carpinteros, forjadores, ceramistas, bordadores, orfebres, o sea, la medida exacta, el arabesco que, limitando y circunscribiendo áreas y espacios, dan en pequeño una armoniosa domesticación del volumen. La Semana Santa de Granada abunda en ejemplos, muestras y motivos de esta rica serie de obras menores -solo en apariencia menores-, trasunto de la alícu

calidad de una escultura popular mantenida durante generaciones. Candelabros, canastillas, insignias, mantos, tocas, varales, faroles, tronos, todo un prodigio de fantasía que viene surgiendo desde lejanos tiempos de la imaginación y el buen gusto de los artistas granadinos, anónimos casi en la paz y el sosiego de sus talleres escondidos. Ellos son, en gran parte, autores de nuestras más señaladas magnificencias cofradieras. A ellos (sin dar nombres, ¿Para qué?) rindo sincero homenaje de admiración y respeto. Manejando las materias primosas de siempre, estos hombres de hoy, estos ejemplares y sencillos artistas y artesanos granadinos, consiguen una vez más el triunfo de lo eterno. No cabe victoria más granadina.

Porque Granada es, en definitiva, el triunfo de los valores eternos sobre los pasajeros y mudables. Eterna la plástica sabrecogedora de su rica imaginiería de los primeros tiempos, cuando se cortaban los olorosos sándalos y los simbólicos cedros para convertirlos en Cristos y Dolorosas. Las gubias inmortales de Risueño, de Mora, de Pedro de Mena, de Siloe, de Ruiz del Peral o de Pablo Rojas, hendían los troncos leñosos, advirtiéndole que sus fibras eran semejantes a las de nuestra carne, por lo que podían grabar en ellos los rasgos patéticos del dolor humano. Ahí están, en sus iglesias o en sus pasos (como portentosos ejemplos de una admirable imaginiería procesional), el Cristo del Descendimiento, de realismo sobrecogedor; el infinito abandono del Jesús del Perdón, de Siloe, gala y ornato de la mejor escuela escultórica granadina; el Señor de la Paciencia, cuyo dolido gesto conmueve el ánimo; o el impresionante Jesús de la Sentencia, al que ojalá bien pronto sus hermanos acuerden dotar del paso espacioso que merece tan hermosa figura de Cristo, digna de ser admirada sin los agobios de la proximidad de personajes menores. En ellos (ahí están, que podemos verlos), sus autores, hace algunos siglos, consiguieron convertir la madera en carne de dolor: la carne trabajada de martirio y amoratada, la carne desangrada y tumefacta, la carne floja de la muerte... ¡Qué lección magistral la de estas imágenes antiguas y meritisimas de la Semana Santa granadina! Pero, ¡cuidado, queridos cofrades, cuidado! Porque, ¡qué advertencia suponen estos prodigios para algunos escultores actuales! ¡Y qué aviso para las Juntas de Gobierno a la hora de encargar nuevas imágenes! El compromiso es grande y la responsabilidad enorme. A la Semana Santa granadina (feudo preciso y precioso de la mejor imaginiería de los siglos XVII y XVIII), no se puede venir con una obra escultórica que merezca ostensiblemente de tallas tan valiosas como las que acabo de enumerar, entre muchas otras! Las Juntas de Gobierno deben tener esto muy claro. La Real Federación de Cofradías, lo mismo. Y, por supuesto también, aquellos escultores que sólo puedan presentar como mérito, su buena voluntad. De no ser capaces de lograr imágenes que puedan figurar con decoro al lado de tanta obra maestra, más valiera que renunciaran al encargo honradamente. Perderían a lo mejor un contrato y unos ingresos, pero no pondrían en peligro su dignidad. Y es porque, en Granada, en la Semana Santa de Granada, la competencia con los grandes artistas del pasado salta a la vista cualquier día procesional. Y no abundan escultores, entre los de nuestros días, que acierten a salir airosos de la difícilísima prueba.

Y a todo esto (ya con casi la mitad del pregón cumplido), llega la hora de reconocer, no sin pena, que mucha gente, gente de nuestra amistad y relación cotidiana, no nos entiende, no pasa de ver en la Semana Santa un espectáculo rancio y sin sentido. Esas personas (aquí, por desgracia, más numerosas que en otros lugares), contemplan las cofradías como un rutinario cortejo bullanguero, or-



ganizado cada año por el mismo tiempo para satisfacción de unos pocos. No admiten la persistencia de una celebración pública que, si tuvo su explicación en épocas lejanas (cuando se decía con un sentido imperial "España enseña a rezar al mundo"), no la tienen bajo ningún pretexto en la actualidad. ¡Pues resulta, queridos amigos, que ya en Granada no somos tan pocos los que sentimos en lo más hondo la llamada tradicional de nuestras cofradías de Semana Santa!. Porque en Granada, de una decena de años a esta parte, el auge de la fiesta religiosa, el incremento del número de hermandades, el esfuerzo de cada una de ellas por esmerarse en su presentación, salta a la vista. Y es curioso que esta notoria, y yo diría que ejemplar, recuperación, se produce después de siglo y medio de irregularidades, destrozos en imágenes y enseres, cofradías extinguidas, expolios, ruínas y dispersiones. Y no menos curioso aún, que el tal fenómeno (con lo que significa) tenga lugar en un quién sabe si decisivo momento de la historia humana, a saber: cuando las bombas son ya superiores a sus propios creadores, cuando se abandona el mundo del espíritu, cuando nos hemos entregado abiertamente a la materia y la materia, disgregada, se nos está escapando de las manos, cuando el planeta parece dispuesto a suicidarse y el hombre ha llegado a los linderos prohibidos donde la Física roza ya la Teología... Pues en este clima, al parecer tan poco propicio, han surgido algunas de las nuevas y pujantes cofradías granadinas. Como la más veterana de todas ellas, la del Amor y la Entrega y la Santísima Virgen de la Concepción, de primoroso paso de palio, enmarcado bellamente en las callejuelas del bajo Albayzin y la Carrera del Darro; como la de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima de la Merced, modelo ya de buena presencia procesional y de entrega generosa de sus hermanos, que han bordado ellos mismos los primores de su bonito paso de palio; la de Nuestro Padre Jesús Cautivo y María Santísima de la Encarnación, cuya sencillez y sobriedad tanto atraen, en esa especie de precioso patio recogido de la placeta de Alonso Cano; la Cofradía Universitaria, imprescindible en una ciudad Colegio Mayor de Humanidades y cátedra de filosofía cristiana; la hermandad de los Salecianos, que viene como una embajada luminosa desde el corazón del Zaidín al corazón mismo de la ciudad; o la del Resucitado, también del mismo populoso y animado barrio, que llega anunciando la Buena Nueva a los pechos alegres que vuelven a recibir al Rey Resucitado. Y no olvidemos la Lanzada, con Cristo crucificado que tiene a sus pies al centurión Longinos, el legionario romano que tuvo la fortuna de ver de cerca los ojos de Jesucristo (así lo citaba José María Bugella en magnífico artículo), "despedidos de terror y de odio incluso en los peores instantes de la agonía..." Como observan ustedes, así, en un momento hemos citado seis nuevas cofradías, surgidas más o menos en los últimos diez años. Ya me dirán si hay o no un brío renovado en nuestra Semana Santa.

Por cierto que bastantes de estas cofradías nuevas radican en barrios nuevos de la ciudad, con lo que eso supone de vitalidad fresca, de impulsos juveniles. Al lado de las recién formadas, las hermandades más antiguas, refugiadas por lo general en los barrios históricos, donde late el alma de Granada eterna, inmutable. Como el poeta, a mí me gusta también perderme en ese laberinto de calles en sombra y de plazas soleadas. Cada esquina que doblamos, una nueva ciudad vieja nos sale al paso. Por ella alcanza su auténtica dimensión plástica el inspirado grupo escultórico de la Oración de Nuestro Señor en el Huerto de Los Olivos; también luce más propiamente el delicado dolor de la Soledad de Nuestra Señora, del Cristo de la Humildad, que camina acongojada por su Realejo, mientras las

campanas dejan oír la voz ronca del tiempo y de la muerte. Por Santo Domingo, la Santa Cena Sacramental, confirmando el espíritu Católico y meridional de nuestro pueblo, eminentemente plástico y realista. Cornetas, tambores, saetas... Y el noble y viejo barrio de San Matías, con su hermandad sacramental de impresionante desfile. Y por San Cecilio, María Santísima de la Misericordia, irradiando su pena mientras la luna rueda sobre los tejados al fin, se detiene sobre un ciprés. El mundo parece transformado y al alma le nacen alas. Al otro lado de la ciudad, ante la suntuosa portada de San Jerónimo, la Soledad vuelve a su templo, entrada ya la madrugada. Suena el quejido de la "chía", un eco desentonado y doliente, que alguien llamó "La voz de la conciencia de Granada"... Entre los naranjos del grandioso monasterio, el cielo ha descendido a la tierra. La tierra se ha hecho cielo. Todo es cielo.

En otros momentos de esta semana mágica, el aire se carga en el Albayzín con toda una sensibilidad reprimida de espectación, de anhelo, de ansia. Y es que la Virgen de la Estrella está para volar al cielo y no dejarla irse; y que pasa bajo palio la Virgen de la Aurora, la poesía del materno dolor formidable. En las calles, ya no hay horario posible; se pierde por completo la noción del tiempo; hasta los relojes se sacuden el ritmo rutinario de las horas. Y aún hay más sorpresas, en la noche negra, densa y apretada, como una inmensa pena con sus mil ojos de estrellas suplicantes, y una multitud de océano en oleaje, como otra inmensa pena humana, con miradas expectantes, deslumbradas hasta romperse. Porque al atardecer, Carrera del Darro hacia Plaza Nueva, la Virgen de las Maravillas, llora sin consuelo la cera derretida de su candelera oscilante, de ese abejar de oro que, como un enjambre de luz, zumba escalonadamente su anhelo, su llama de amor viva, va diluyendo su esplendor en las primeras sombras de la noche. La Torre árabe de la Vela (eterna vigía de la vida granadina), donde los varales, las arandelas de cristal de los candelabros, elevan a la dulcísima imagen la ofrenda de su propia materia inerte, junto a la letanía de perfumes que entonan las flores.

¿Semana Santa en Granada? ¿Granada en Semana Santa? Quizá pueda aclarárnoslo el airecillo que hace ondular suavemente el Santo Sudario, dosel divino de la Soledad, en el Campo del Príncipe, la tarde del Viernes Santo, cuando la muchedumbre cumple tradicionalmente con la plegaria petitoria de los tres favores que, según antiquísima creencia, concede el Redentor en la hora suprema de su agonía. O cuando la Virgen del Rosario, es acunada por los sonos de la Salve Marinera, en su paso sin palio, para que la envuelva libremente el aire, la luz, la brisa y la noche perfumada de Granada. ¿Granada en Semana Santa? ¿Semana Santa en Granada? El Príncipe de la Muerte ha consumado el más cruento y afrentoso de los crímenes, y los gitanos del Sacromonte llevan cuesta arriba a su Cristo del Consuelo. ¡Ay, Tajo del Pollero, que recibía a los granadinos cada año, brindándose como escenario privilegiado para disfrutar del mágico espectáculo de aquel Crucificado envuelto en luces irreales! ¡Ay, Cristo de los gitanos! Merece la pena verlo en la Abadía, para saborear plenamente los méritos de tan maravillosa escultura! En ella, la gubia morbosa de Risueño pulsó, como un arpa, los nervios sutiles del gemido más ahogado, las caries del hueso, el trenzado doloroso del músculo y el derrame eléctrico de la médula. Imagen digna de figurar entre las mejores de nuestra estatuaria del siglo XVIII. Quien lo ve transitar, en la madrugada alta, envuelto en el humo y las llamas de las hogueras gitanas del Sacromonte, no lo olvida jamás.



En Granada, en Semana Santa, es oro todo lo que reluce y lo que no reluce, lo que nadie sabe, ni ve, ni viene en programa alguno. En una cofradía cual quiera cabe toda la fantasía y gala del mundo, desde el terciopelo al bordado, desde la plata al oro, pero ¡cuidado! que lo importante es el espíritu, la fe, la hermandad, el lazo religioso y de confraternidad, la procesión que va por dentro de la otra procesión: los sacrificios económicos de los cofrades, en tantísimos casos; los días de devoción, las misas por los hermanos que mueren, la solidaridad de hermanos con quienes atraviesan un mal momento. Es, en suma (y debe ser) una relación amistosa diaria, callada y continua.

En esta atmósfera, la mujer granadina juega un papel de importancia creciente. Como camareras, como costaleras y (por qué no decirlo) como ejemplo de verdadero tipismo, palabra hoy en no muy buen momento por quienes no saben apreciarlo cuando es auténtico, como en este caso. La mujer granadina lleva la mantilla con una elegancia notable, por lo general. Recordemos (nunca está de más) que nuestros artistas Gabriel Morcillo, López Mezquita, Soria Aedo o Rodríguez Acosta, nada envidiaron pintando mujeres con mantillas a Zuloaga y Romero de Torres, los especialistas en la materia. Haciendo honor a ese homenaje de sus grandes pintores, la mujer granadina, aporta a los desfiles el genuino símbolo de la fiesta, la mantilla española, marco y palio, ornato y encanto, el tocado español, en definitiva, de mayor abolengo racial.

Junto a la mujer, que cumple un ya veterano cometido en lo que concierne a nuestra Semana Santa (no solo procesionalmente, sino también en menesteres de gobierno y cooperación incesantes y óptimos), desde hace pocos años juega un papel importantísimo la juventud costalera. ¿Quién podrá hablar del futuro y predecir la aurora?, decía el poeta. Pues aquí, en Granada, el futuro de nuestra Semana Santa, su aurora esperanzadora y venturosa que ya vemos, la están escribiendo sus jóvenes costaleros, los muchachos alegres y esforzados que alcanzan cotas increíbles de capacidad, energía y disciplina, por las callejas minúsculas del Albayzín, por las imprevistas esquinas de Santo Domingo o el pulso soberbio que exigen las gradas de San Matías. Yo estoy completamente cierto al ver el trabajo de estos jóvenes costaleros, que ellos garantizan el futuro de nuestra Semana Santa. Sí, queridos amigos, y alegrémonos de verlo: la Semana Santa granadina mira esperanzada a la juventud, que le llega cada año implacable y gentil como la primavera.

Esta es la verdad para mí. Lo que yo quiero creer y creo con amor. Y la verdad en este caso es mi grande amor por Granada y por la Semana Santa de Granada. Por este amor tan grande, quiero decir... y... siento decir la verdad. Temo que sea la verdad, y temo decirla. Pero no puedo callar la preocupación que algunos sentimos, cuando observamos las aguas agitadas que se mueven en el seno de algunas cofradías. Distancias, antagonismo, arbitrariedades, decisiones personales, determinaciones apresuradas, salidas y encierros diferentes más veces de las deseables... De todo esto hay un poco (un poquito sólo, por fortuna), y ustedes, sin duda, lo saben mucho mejor que yo. Por eso, hoy, aquí, no esté de más recordar (pidiendo perdón por el atrevimiento), que cofradía quiere decir "confraternidad", y que las granadinos (como el resto de los andaluces), hallamos hace mucho tiempo en las cofradías uno de los modos para reunirse en colectividad fraternal.

Esta fraternidad, tan deseable, es la que se rompe alguna vez en las relaciones entre nuestras cofradías. Yo recuerdo un viejo proverbio de mi tierra, que dice: "¡Ni pleitos, ni porfías, ni cuestión con cofradías". Aquí lo que pasa, es que la cuestión no es "con cofradías", sino "entre cofradías". Y eso es peligroso, sumamente peligroso, en una Semana Santa necesitada de todos los desvelos, de todos los esfuerzos (no de unos pocos sino de todos) para terminar de engrandecerla y asentarla.

Dibujemos, ilusionados, en nuestra imaginación, la pronta y ejemplar recuperación de algunas de nuestras cofradías que, actualmente (como los hombres en sus vidas) se ven en situación que no es la que sus cofrades quisieran: el Via Crucis, que, al fin, parece haber encontrado cobijo definitivo en San Juan de los Reyes; la hermandad de las Ferroviarios, salvando esforzadamente adversidades y contra-tiempos; el Rosario; los Favores, cada una intentando con la mejor voluntad y disposición hacer frente a las vicisitudes que le han salido al paso. Como lo viene haciendo la cofradía de Nuestra Señora de las Dolores (a la que yo llegué a conocer en la parroquia de la Magdalena) que, ahora, en San Bernardo, con el para engalar su procesión de penitencia...Sí, como en las vidas de los hombres, y puesto que obras tuyas son, las cofradías conocen altibajos, aquí, como en todas partes. Lo importante es no desentenderse de sus problemas, compartíroslos, para cumplir el noble designio de conservar entre todos una acendrada tradición fervorosa, a la vez que hacer perdurable la insaciable sed de belleza que en Granada se respira. Como quiera que la conservación, hasta el día de hoy, de nuestras cofradías, a través de toda suerte de avatares históricos, casi parece un milagro, yo estoy seguro, de que, a la vuelta de muy poco, todas, absolutamente todas las cofradías de nuestra Semana Santa, estarán al mismo nivel de orden, seriedad, decoro procesional y categoría, que es el objetivo que todos perseguimos.

Y me acerco al final con una letra por soleá que oí cantar cierto día: "Yo sé de un camino llano, por donde se llega a Dios, con El mismo de la mano". En Granada, en Semana Santa, entre el malestar y el frío verde de la madrugada, cuando en la punta de los cipreses bate ya todo el mar de la noche alta, el Cristo del Silencio convierte en llano el tortuoso trazado de la Carrera del Darro, para llegar más directamente a más corazones. ¡Lo infinito hasta el cielo! En el permanente idilio de Granada con el silencio (el silencio que buscara don Manuel de Falla para oír en toda su plenitud el mar océano en su "Atlántida"); en esa rebusca cuidada y minuciosa del silencio, que se aprecia en Granada tantas veces, el Cristo de la Misericordia, (la blanca silueta de su cuerpo desnudo besada por la luna), impresiona y sobrecoge, mientras sobre un fondo azul claro se recorta el dentado de los viejos torreones árabes y el Darro ayuda a acallar los susurros, poniendo él mismo sordina a sus aguas. "¡Pasa el Cristo de la Misericordia! (escribió Eduardo Molina Fajardo); José de Mora lo esculpió con el ardor místico de su genio. Luego, dicen que enloqueció". Imaginamos al maestro, atónito, quizá perplejo, ante su propia obra admirable, que ahora nos conmueve y emociona. "¡Escultor de saetas", llamaron al artista. Mirad su obra con detalle: las costillas se numeran; se hinchan las ojeras; afilada la nariz; bajo los párpados se abultan los ojos cuajados, y moldeados los pómulos, las mejillas sumidas atirantan la boca, arrancan la sonrisa y la sed feroz del paladar acorcha la lengua en seco. Con todo su patetismo, con toda su enorme fuerza emocional, (escribe Gallego y Burín), la cabeza es serena, inquietantemente serena. Pero, desde luego, su desfile, entre las sombras, produce

una impresión perdurable, siendo (inequívocamente) una de las imágenes que da a la nuestra Semana Santa el alto valor espiritual que le corresponde.

Pero, como sabemos, nuestra fiesta mayor religiosa es un conjunto abigarrado, de múltiples enfoques y apariencias. En él sobresale el color especial del Sábado Santo, día con un sonido, con un sentido que ningún otro día hallamos en las cosas. Por las alamedas de la Alhambra, sonoras de ruiseñores, baja a la ciudad Santa María de la Alhambra, la expresión más divina, por obra de hombres, de la aflicción y el dolor. La obra impresionante de Ruiz del Perai, traspasa los corazones con un largo sollozo sin ecos. ¡No hay manera de apartarse del lado de este espléndido paso (si es que se puede), desde que sale hasta que se encierra, llevada en volandas de gloria por una muchedumbre estusiasmada, que lo vuelve a dejar hasta dentro de un año, milagrosamente intacto, en su iglesia de la Colina Roja.

Yo recuerdo un año, en que ví una ceremonia curiosa y, que yo sepa, no repetida, en nuestra Semana Santa. Regresaba la cofradía de los Favores a San Cecilio, a primeras horas de la noche, porque se había refugiado el día antes, a causa de un temporal de lluvias, en la Catedral. Y estaba a punto de llegar por el Caidero, Santa María de la Alhambra, que entonces bajaba por allí para hacer su estación. Observando la coincidencia sin precedentes, los cofrades de los Favores, retrasaron en lo posible su encierro, hasta que, ante los dos pasos, alineados al pie de San Cecilio, desfiló la cofradía de la Alhambra, con su paso irreal (ascua de oro, plata, madera y marfil), trono fantástico para una madre anegada de dolor con su hijo muerto en sus rodillas. ¡Y qué cortesía entre las dos hermandades! ¡Y qué entusiasmo entre el genfío emocionado!

Sí, amigos, son detalles así, anécdotas como esta (menudas y hasta muy personales, si se quiere), las que contribuyen a hacer nuestra Semana Santa una simbiósis peregrina entre lo divino y humano. Y una fiesta tan viva, que aún reserva entusiasmos y apoyos para el nacimiento de novísimas cofradías, como la del Cristo del Trabajo y la del Santísimo Cristo Resucitado, en Arabial. Con este Cristo (cuya hermandad, como la anterior, espera federarse pronto), ya Granada canta la Pascua Florida. El Señor ha resucitado entre el aroma del incienso y el olor de las flores, entre una locura de campanas y un resplandor de llamas encendidas. Concluye la Semana Santa, con un pueblo en fiestas, que parece poner a Granada asedio de alegría.

Y concluye también mi pregón, que ya iba siendo hora. Un humorista español dijo cierta vez: "En el teatro, cuando a un actor no se le oye, alguno del público grita: "¡Más alto, que no se oye". Por el contrario, al escritor que por expresarse confusamente no se deja comprender, también deberían gritarle: "¡Más bajo, que no se entiende!". No sé si a mí se me habrá oído bien, mal o medianamente, pero me gustaría pensar que todos me han entendido.

Que si he conseguido alguna atención en la sala, la atmósfera la despeje el aire fresco que nos entra por esas puertas. Un aire que pronto estará cargado de sonidos cofradieros, de ecos de marchas, jubilosas o dolientes, por el Albayzín, por el Realejo y Santo Domingo, por San Matías o por la Magdalena... Pero, por la Virgen de las Angustias, amigos cofrades de Granada, déjenme creer que por el aire que pueda llegarme por estas otras puertas, siento en la distancia del tiempo y el espacio, el ronco sonar de los tambores que señalan, al caer el Viernes Santo, la muerte del Cachorro por mi Puente de Triana.

JUAN BUSTOS

*Cronista Oficial de la Ciudad*

ESTE PREGON  
DE LA SEMANA SANTA  
DE GRANADA 1991,  
HA SIDO EDITADO PO LA  
CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA,  
ACABANDOSE DE IMPRIMIR EL DIA QUINCE  
DE FEBRERO, FESTIVIDAD DE  
SAN FAUSTINO, EN LOS TALLERES  
DE GRAFICAS GRANADA.